

fé (1), llegados á nuestros dias los escritos de Justo, Liciniano y Apringio, fácil es comprender que no sin causa alcanzaron en el siglo VI autoridad y nombradía.»

Hasta aquí el ilustre crítico, de cuya obra nos hemos permitido trasladar integras á la nuestra las páginas anteriores, no porque las que siguen sean menos estimables y atesoren datos mas preciosos sobre el período histórico que venimos estudiando, por lo cual recomendamos su lectura, sino porque desde luego debemos pasar á enumerar los hombres distinguidos de quienes nos hemos propuesto hacer en este momento especial mencion.

ALAINO, citado por Juvenal de Carlenas (2), es, en opinion de este crítico, el único que en la época mas inculta de los siglos medios merece ser citado por su elocuencia.

Alcanzó fama de gran predicador, se le llamó el Doctor Universal, y tenia un gran conocimiento de la lengua hebrea y de la poesía.

LEONARDO JUSTINO, ó Justiniano, apareció doscientos años despues de Alaino, distinguiéndose mucho y pronunciando la oracion fúnebre de Carlos Zeno, noble veneciano, que Muratori cita en el tomo XIX de su compilacion.

(1) Tal era el principal intento del clero católico, y solo de esta manera podia arribarse al deseado puerto, bastando esta observacion para esplicar las causas por qué todos los escritores de aquel tiempo, cuyas obras son conocidas aun solo por sus títulos, se consagraron á ilustrar diferentes puntos del dogma. Véanse los capítulos XXXIII y XXXIV *De Viris illustribus*, de San Isidoro.

(2) *Essais sur l'Histoire des Belles lettres*. Tomo I, pág. 266.

GERÓNIMO DE JORLI, de la orden de los Hermanos Predicadores, compuso varios sermones.

SAN APRICIO, Obispo de Beja, en Portugal, ha sido elogiado por San Isidoro, qué dice mereció la fama de erudito y elocuente.

Compuso un *Comentario* sobre el Apocalipsis con mucho fondo y elegancia, y acaso superior á los que habian compuesto los antiguos espositores, escribiendo asimismo otras varias obras.

SAN MARTIN, Obispo Dumiense, es uno de los Prelados mas insignes á quienes debíamos citar con elogio en esta época. Aunque no nacido en España, lo fué, dice el P. Florez, para gloria de España, ejerciendo su apostolado en Galicia, en ocasion que imperaba el arrianismo entre los suevos.

San Martin nació en Hungria, segun afirman Fortunato y San Gregorio.

Fué de una vasta erudicion, de superior elocuencia y de un celo sobresaliente por el bien de las almas, en opinion de Sanchez: viajó por Oriente, visitó los santos lugares y aprendió el idioma y los conocimientos de los griegos, hasta el punto que algunos le tuvieron por hijo de esta nacion.

Si hemos de dar crédito al epitafio colocado sobre su sepulcro (1), San Martin pasó de Oriente á Occidente por inspiracion divina, disputándose mucho acerca de la época en que este viaje tuvo lugar.

(1) Dice así:

Pannoniis genitus, transcendens æquora vasta
Gallicie in gremiura divinis nutibus actus.

Aun cuando careciésemos de mayores datos para apreciar la eficacia de la predicacion de San Martin, nos bastaria lo que respecto á este particular dice San Isidoro, atribuyendo á su elocuencia la conversion de suevos:

«Multis deinde Suevorum Regibus, in Ariana hæresi permanentibus, tandem Regni potestatem Theudemirus suscepit. Qui conestim, Arianae impietatis errore destructo, Suevos Chatolicæ fidei reddidit, innitente Martino Monasterii Dumien-sis Episcopo fide et scientia claro; cujus studio et pax Ecclesiæ ampliata est, et multa in Ecclesiasticis disciplinis Gallæciæ regionibus instituta.»

Fortunato es de la misma opinion, llamando á San Martin Apóstol de Galicia, y el Turunense añade que la colocó en disposicion de sufrir *toda ella* el martirio, poseyendo cuantos elementos eran precisos para una obra tan superior á los esfuerzos aislados é individuales; por lo que escritores piadosos han atribuido el fruto de sus trabajos apostólicos mas á milagro que al poder de su elocuencia, opinion que no desmentiremos nosotros, y que mas favorece que contradice los elogios merecidos que tributamos á tan celoso Padre y varon esclarecido.

En los Concilios de Braga y Lugo, el nombre de San Martin figura en primera linea, habiendo contribuido eficazmente á restablecer la buena disciplina, relajada en tiempo de Idacio, á consecuencia de las heregias de Prisciliano y Arrio.

Además de varias traducciones que publicó, tenemos otras obras originales de San Martin Dumienense, entre ellas una titulada *Formula vitæ honestæ*, tan notable por su estilo, que algunos la han atribuido á Séneca, y otros á Ciceron: se halla en la Biblioteca de los PP. De las *Cartas* de San Martin

se formó un libro, que cita con elogio San Ildefonso, titulado *Volúmen Epistolarum*: San Isidoro (1) y D. Nicolás Antonio (2) lamentan su pérdida por el asunto que contenian, por el ingenio del autor y por la elegancia de su estilo, que le hacian acreedor á mejor fortuna. Aguirre nos ha conservado una de estas cartas, que puede verse en su obra (3) y en la del P. Florez (4).

Los tratados *Pro repellenda jactantia*, de *Superbia*, *Exhortatio humilitatis* y de *Pascha*, los publicó Tamayo en su martirologio, y nosotros hemos visto de ellos copias muy notables en la Biblioteca Nacional.

Tambien existe otro de *Moribus* en la Biblioteca de los PP. El Padre Florez dice que el *Tractatus S. Martini Episcopi* le halló entre los manuscritos del Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Perez, de los cuales tenia copias el P. Burriel, que él vió, infiriendo por su contenido que seria el que faltaba de *Correctione rusticorum*. San Martin murió el año 580.

Otros varones ilustres, á mas de los que hemos citado, se distinguieron en esta edad, como se ha visto, digna de estudio, y de haber ocupado seriamente nuestra atencion. A los que su omision y otras muchas faltas parecieran censurables en nuestro libro, recuerden para dispensarlas cuál es el objeto que al escribirle nos propusimos, advirtiendole que entre el primer anuncio de su publicacion y lo que despues le hemos enriquecido hay una inmensa distancia, contra lo que

(1) *De viris illustris*, cap. 22.

(2) *Bib. Vet.*, lib. IV, cap. 3.

(3) *Concil.*, tomo II, pág. 506.

(4) *España Sagrada*, tomo XV.

otros hacen, que es dar menos de lo que ofrecen, cumplir menos de lo que prometen (1).

(1) Recuérdese nuestro primer prospecto: en él ofrecimos muchísimo menos de lo que venimos haciendo, á pesar de los costosos sacrificios que dada su estension nos ha impuesto la publicacion de esta obra, y de la necesidad de reducir su coste todo lo posible, para que pueda adquirirla la juventud, única á quien nos atrevemos á consagrarla.

CAPÍTULO III.

Escuela cristiana de Sevilla.—San Leandro.—San Fulgencio y San Isidoro.—Otros discípulos célebres de la escuela de Sevilla.—San Ildefonso.—San Julian, Arzobispo de Toledo, y Valerio Abad.—Consideraciones generales acerca del estado de la *Elocuencia cristiana* al terminar la primera mitad de los siglos medios.

Se aproximaba el dia del triunfo: Leovigildo, ciego secretario de la heregia arriana, procuraba en vano restablecerla, apelando á la seducccion, al engaño y la fuerza (1): esta última persecucion fué el postrer alarde de un poder moralmente vencido.

«Iba semejante lucha, dice un escritor (2), á conmover hondamente los cimientos de aquella sociedad, conjunto informe, en donde pugnaban contrarios elementos, mal herma-

(1) Juan de Biclara, testigo presencial de los hechos, dice: «Per hanc ergo seductionem plurimi nostrorum cupiditate potius quam impulsione, in arianum dogma declinant.» La seducccion á que alude el Biclarense, parecia consistir en unir las tres personas de la Trinidad en la glorificacion; de manera que sin faltar á la creencia de Arrio, se alucinara á los católicos, diciendo: «*Gloria Patri per Filium in Spiritu Sancto*, en lugar de: *Gloria Patri, Filio, et Spiritu Sancto*.» Esta novedad no lo era tanto que no se hubiese ensayado ya fuera de España. Florez, *España Sagrada*, tomo VI, trat. VI, apénd. IX.

(2) Señor Amador de los Rios.